

anchos, oblicuos, 60 gasas, cuatro apósitos, electrobisturí, dos vendas y 30 sobres de suturas. "Yo lo veo operar a David y no pienso: '¿Este es el mismo hombre que mete las manos dentro de las lolas a una paciente, y después toca a mis hijos?' Hay que saber separar."

Para Alejandra, Margulies se desvive por sus pacientes. Más de lo que cualquier esposa desearía. "Los fines de semana no se va lejos para estar cerca de sus pacientes. En Semana Santa no quiere viajar porque tiene gente recién operada. Nunca lo vas a encontrar con el celular apagado. Hay pacientes que, aun a veinte años de haberlos operado, lo siguen llamando para saludarlo en Navidad y mandarles regalos a nuestros hijos. Es que hasta que no le dan el alta, él no se queda en paz. Pero a veces se excede con la contención."

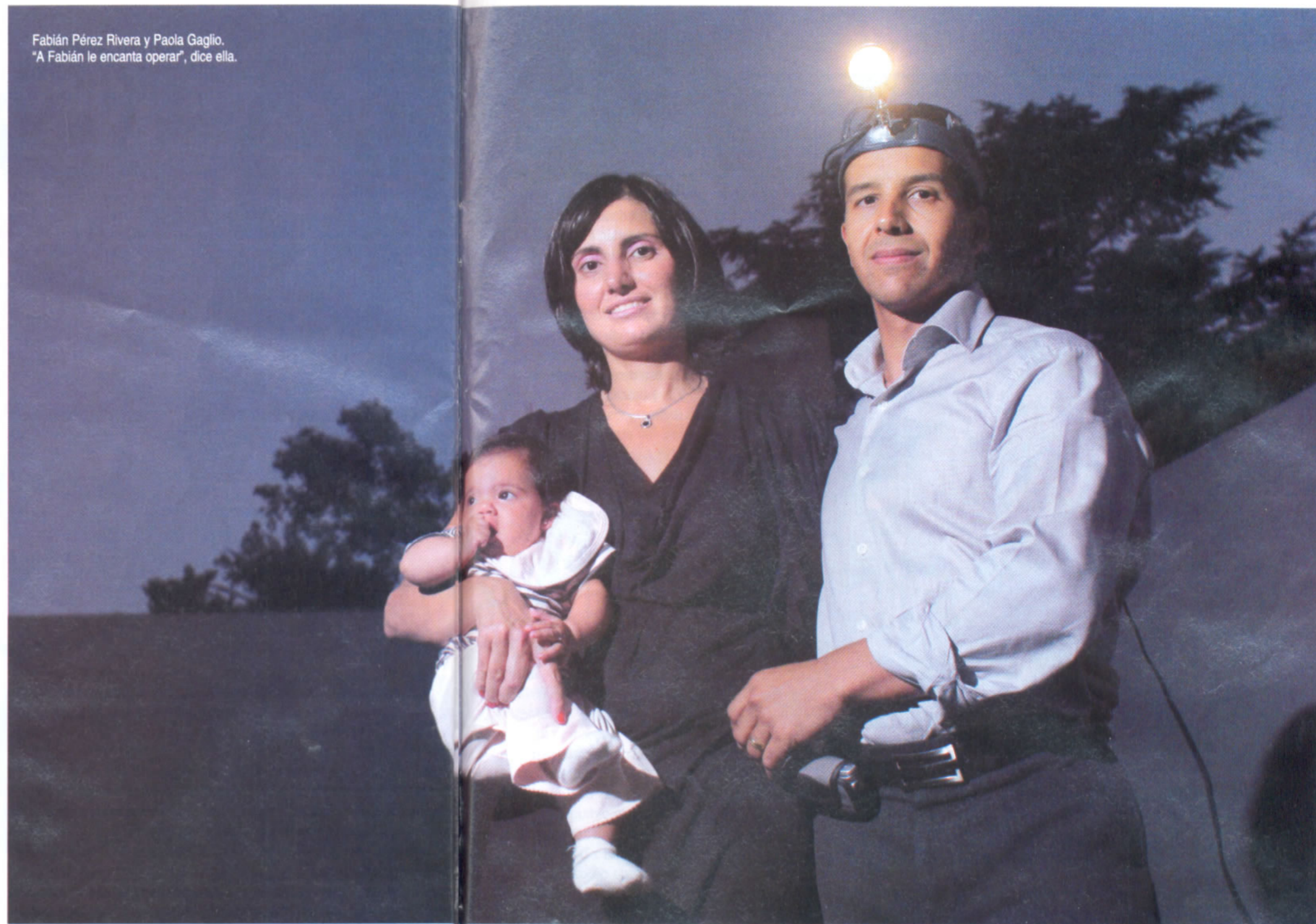
Margulies dice que es parte del oficio. "El paciente lo necesita. Lo que pasa es que, para ella, algunas se toman demasiada confianza y eso la pone mal. Yo me ocupé de avisar a los maridos si se retrasa la operación, para que se queden tranquilos. Es un buen gesto. Acá ves de todo: gente que viene a operarse porque le va mal en la pareja o que la maltratan en el trabajo o que el marido se fue con una de 20. Vienen chicas con fotos de Araceli y te dicen: 'Quiero estas lolas'."

Alejandra dice que le gustaría hacerse, ella también, las lolas y una lipo. Pero haber estado adentro de quirófanos los últimos veinte años le ha dado una dimensión distinta a las cirugías. "Trabajo en un lugar donde hay dieciséis quirófanos, y aquí ves todo tipo de cirugías, más allá de las estéticas. Y, bueno, no es que me dé miedo, pero con dos hijos y siendo una persona sana, a veces pienso: '¿Para qué correr el riesgo, no?'"

CÓDIGO DE HONOR

Fabián Pérez Rivera, cirujano plástico y docente universitario, tiene un código con sus secretarias. Si ingresa a su consultorio una mujer vestida para matar —han llegado hasta aquí modelos y conductoras famosas con nombre falso—, ellas esperan algunos minutos y envían, en señal de rescate, a la instrumentadora. "Muchas pacientes te endiosan. Y a veces, se pasan de rosca. Habiendo otra mujer de por medio, se les corta el clima", explica Rivera. "No digo que pase todo el tiempo, ¡pero hubo veces en las que yo mismo tuve que llamar a la instrumentadora para que me rescatara!" A cualquier otro le parecería un crimen llamar a la instrumentadora en un momento tan particular como ese, pero Rivera está casado, tiene cuatro hijos y es todo lo feliz que un hombre puede ser en este país.

"A Fabián le encanta operar", dice su mujer Paola Gaglio, especialista en desarrollo de medicamentos. "Cuando nos vamos de vacaciones llega un momento en que, pobre, se empieza a poner nervioso. ¿Y sabés qué le pasa? Extraña el quirófano". Rivera se encoge de hombros y asiente con una sonrisa culpable. Hace 150 cirugías por año. Su especialidad: las tecnologías lumínicas; es decir, cómo curar a través de la luz. "Mirá, los cirujanos estamos un poco tocados", reconoce. "Las personas normales ven un bisturí y



Fabián Pérez Rivera y Paola Gaglio.
"A Fabián le encanta operar", dice ella.

salen corriendo. Nosotros, en cambio, nos dedicamos a cortar gente. Si no fuéramos cirujanos, andá a saber, ¡quizás alguno sería asesino serial! En el quirófano, por momentos, se vive mucha tensión, se liberan endorfinas y al terminar, sentís una placidez impresionante. Para mí, es una sensación idéntica a cuando vuelvo de correr en el parque."

Entre sus amigas, Paola es un caso típico de esposa de cirujano plástico. Ellas la miran y ven un mundo de infini-

tas posibilidades. Sin embargo, los Rivera son gente conservadora. Bueno, conservadora aun teniendo a un cirujano plástico en la familia. "Mis amigas me preguntan cómo no estoy todo el día haciéndome cosas con él. Pero por más que les digas que es una operación con riesgos como cualquier otra, para muchas es como si fueran de shopping".

En su trato con los pacientes, Rivera es tan silencioso como un muro. Y esta estrategia la utiliza hasta con su esposa. "Al paciente hay que limitarse a escucharlo. Tal vez viene

una mujer con una nariz de tucán y te dice que quiere operarse las mamas. Vos pensás: '¡Qué bien te dejaría esa narizota!' Y no decís nada. A mi señora, yo quería cambiarle algo. No te voy a contar qué, pero esperé mucho tiempo en silencio, hasta que vino ella y me lo pidió. Y la operé". Paola se sorprende: "¡Todo este tiempo juntos, Fabián, y nunca me dijiste nada!" Ninguno va a revelar de qué están hablando. Rivera permanece en silencio y contiene la risa. Son las pequeñas delicias de la vida conyugal. ♦

"SI ME PUSIERA CELOSA CONVIVIENDO CON UN TIPO QUE LE TOCA LAS TETAS A DOSCIENTAS MINAS POR SEMANA ¡ME VOLVERÍA LOCA!" MARÍA CIPOLLINI, ESPOSA DE DAVID MARGULIES, CIRUJANO.